PRÓLOGO En un video de la NASA que se ha hecho viral en internet, aparece la Tierra vista desde el espacio a seis mil millones de kilómetros antes de que la sonda espacial Voyager I saliera de nuestro sistema solar. Nuestro hogar desde esa distancia es como un  pálido punto de luz azul, un grano de arena en la Vía Láctea. Pero la narración que de esas impactantes imágenes hizo el destacado astrónomo Carl Sagan (1934-1996) le da un sentido extraordinario porque nos revela lo que la ambición humana, buena o mala, sigue haciendo para convertir a ese punto, poco a poco, en inhabitable o en otro pedazo de roca errante como las millones que están dispersas en ese vasto universo. Es ese comportamiento del hombre en los últimos siglos lo que no permitirá que el planeta perdure a largo plazo. Las palabras del conocido científico destacan por su honda significación, pero creo que estas deben estar en el día a día de todos los terrícolas: «…esta distante imagen de nuestro minúsculo mundo… subraya nuestra responsabilidad de tratarnos los unos a los otros más amable y compasivamente, y de preservar y querer ese punto azul pálido, el único hogar que siempre hemos conocido». Compasión, cariño, amor, empatía por el prójimo, por nuestros propios vínculos familiares son las fortalezas que nos permitirán tener un mejor mundo, cuando ya se sabe que, según la exobiología, no hay pruebas concretas de que exista vida inteligente en ningún lugar del universo que no sea la Tierra.  Estamos solos. Y es aquí donde nos adherimos a la fe al cristificarnos en el poder de la oración para aprovechar al máximo el tiempo que se nos concede en este punto azul pálido, hasta que nos llegue el momento de irnos, abrazados con la sola esperanza de una vida eterna. Aquí recuerdo a San Pablo, quien comprobó el mensaje y la prueba de que los padecimientos y angustias de Jesús ayudarían a afrontar los miedos y zozobras que todos tenemos ante las dificultades, sobre todo al referirnos a la muerte, suceso que nos llena de desesperación y sufrimiento por la liviandad de la conseja de que “se murió y punto, no hay más nada que decir”. «De nada sirve alabarse; pero si hay que hacerlo, iré a las visiones y revelaciones del Señor. 2. Sé de un cierto creyente, el cual hace catorce años fue arrebatado hasta el tercer cielo. Si fue con el cuerpo o fuera del cuerpo, eso no lo sé, lo sabe Dios. 3. Y sé que ese hombre, -sea con cuerpo o fuera del cuerpo, no lo sé, Dios lo sabe- 4.fue arrebatado al paraíso, donde oyó palabras no habladas y que nadie sabría expresar. 5. Podría sentir orgullo pensando en ese, pero en cuanto a mí, sólo me gloriaré de mis debilidades. 6. Si quisiera gloriarme, no sería locura, pues diría la verdad. Pero me abstendré, para que nadie se forme de mí una idea superior a lo que ve u oye decir de mí. 7 .Y precisamente para que no me pusiera orgulloso después de tan extraordinarias revelaciones, me fue clavado en la carne un aguijón, verdadero delegado de Satanás, cuyas bofetadas me guardan de todo orgullo. 8. Tres veces rogué al Señor que lo alejara de mí, 9.pero me dijo: «Te basta mi gracia; mi mayor fuerza se manifiesta en la debilidad». Mejor, pues, me preciaré de mis debilidades, para que me cubra la fuerza de Cristo. 10. Por eso acepto con gusto lo que me toca sufrir por Cristo: enfermedades, humillaciones, necesidades, persecuciones y angustias. Pues si me siento débil, entonces es cuando soy fuerte»

(2 Corintios, 12) Porque es esa debilidad la que nos acorrala en ese tristísimo momento de la desaparición de un ser querido. Nos volvemos débiles. Aborrecibles. Reaccionamos con displicencia ante cualquiera que nos venga con palabras sentidas, convirtiéndonos de paso en desmemoriados que no podemos encontrar el camino para la unción o al que conduce a esa paz inefable, al sosiego, a la aceptación de la dulce calma del trance a lo desconocido. Es el levantaos y orad de Jesús en Getsemaní el buen camino que he encontrado hacia la tranquilidad luego de muchos días y semanas de angustia después del fallecimiento de mi hija Melissa, mi inolvidable Catira. Somos únicos en la tierra. No hay otras vidas más allá de ella. Pero nadie nos puede negar la promesa del paraíso, del cielo o de la existencia de otro mundo para las almas que parten, porque tampoco ellas se van en adiós infinito; siempre estarán aquí, en nuestros corazones, atraídas por la oración del amor y del recuerdo que alumbrarán la oscuridad que pueda asaltarnos durante el final de nuestra espera. La puerta de salida nunca se cierra, seguirá abierta, porque nuestros vínculos  parten, se van, pero siempre están aquí.